

sador antes que al artista, al que estremeció con su palabra emocionada las entrañas de su época, sembrando la piedad en los corazones, al autor de la *Oración por Todos*, al creador de Fantina, de Juan Valjean y de Bienvenido Myriel, al que sobre las alturas que sólo su genio,—es verdad,—hubiera podido erigir en medio del mercantilismo de la sociedad moderna, se puso de rodillas para pedir a Rusia que emancipara a Polonia, a Francia que hiciera la República y al mundo que desarmara el cadalso. Su obra fue inmensa. Niño sublime lo llamó la primera autoridad literaria de la época cuando salieron a la luz sus primeras odas,—a la manera que en bosque largo tiempo silencioso se oye de súbito la melodía del rui-señor,—y después de los ochenta años todavía las musas acudían a su reclamo. A vuestra memoria,—estoy cierto de ello,—vienen en estos instantes los nombres sonoros de aquellos volúmenes de versos que Europa y América se arrebatában de las manos para aprenderlos de memoria: *Odas y Baladas*, las *Orientales*, las *Hojas de Otoño*, los *Cantos del Crepúsculo*, las *Contemplaciones*, las *Canciones de calles y de bosques*, *La leyenda de los siglos*, los *Castigos*, el *Año Terrible*, el *Arte de ser abuelo*, los *Cuatro vientos del espíritu*, *Toda la lira*, y a través de eso, como si no hubiera faena bastante en aquellos torrentes de armonía, las novelas que empiezan con *Bug Jargal* y el *Han de Islandia*, para llegar primero a